

No fue su explicación lo completa que yo esperaba, pero sí suficiente para que se conserve el recuerdo de lo que fue. El lo rememora recordando a Braulio Gascón que lo cantaba muy bien y con campanuda voz y a Millán el del agua o Julián Zarco, aprendicillos de la albañilería:

—¡Que va bola! El niño, el uno; ambo, el 2; terno, el tres, abajo, el seis; arriba, el 9; calabaza, el 8; el 10, palillo y tambor; Los calzoncillos de Sixto, el 11; cara sucia el 13; el 14 caga torció; la niña bonita, el 15; el 17 San Antón, el 20 San Sebastián; los dos patitos, el 22; el 24 noche buena; el 25 Vicentico; el 33 la edad de Cristo; el 55 la guardia civil, el 66 los alpargates; el 69 arriba y abajo, el 77 las banderitas de Italia; el 88 las dos calabazas y el 90 el abuelo. El que hacía pleno se alzaba gritando para detener la partida.

No recuerdo ningún local alcazareño tan diariamente repleto de gente joven y fogosa con los citados *cantaores*, Pepe Camacho el carpintero, Saturnino Beamud y cien más, tanto de arriba como de abajo, pero más de allí, que recórdandolos y con el papel delante le hacen a uno preguntarse. ¿Y a quién se lo digo? ¿Para qué lo escribo? ¿Cuántos habrá que puedan acordarse del rincón del Catre?. Pocos en verdad, casi podría contarlos con los dedos de la mano y además desganados por las amarguras de la vejez, pero con todos, vivos y muertos, he conservado la relación amistosa durante toda la vida y con algunos, como Antonio Montealegre mismo, muy frecuentada con los trabajos y una confianza y una lealtad a prueba de desengaños.

La peor sensación del viejo es la de la soledad y la extrañeza que le produce al volver la cara, ver las miradas dudosas e interrogantes que parecen preguntarse, ¿quién será este pobre hombre? .

Todos los muertos han dejado en mí profundo pesar que no puede comprender ni su familia y pocos se habrán ido sin confiarme sus cuitas y decirme adiós, dejando sus penas en el arca cerrada de mi corazón. Su memoria es para mí sagrada y aleccionadora por lo general y mi satisfacción plena de haber merecido total confianza de personas tan buenas, tan honorables y tan nobles que me hicieron el honor de considerarme amigo suyo hasta para reñir, porque más de una vez me ha tocado hacerlo con las familias por obligación de defender a los muertos.

Sucedido

Antonio Ortiz, médico del Campo, tuvo un tiempo que vió enfermos de por aquí y a uno de la Alameda el sacó que tenía azúcar, prohibiéndole los dulces, el pan y el melón.

Se presentó el matrimonio de visita en casa de Urrutia y, al preguntarle por la salud, dijo el marido que valía más haberse muerto él que la mula, que hacía más trabajo y más falta en el mundo, "porque a ver qué se le parece a ustés, de pan ni catarlo, solo unos picatostejos que me hace ésta y de melón si, porque al fin al cabo este año tos son pepinos, pero si nó na"